



Una aproximación a la antropología deweyana: el hombre como un individuo social, apetitivo, reflexivo y creativo

POR JUAN ALEXIS PARADA SILVA

laquaestio@gmail.com

A modo de introducción

Gracias a un rastreo por algunas obras de Dewey se ha logrado determinar, que estos componentes resultan claves en la constitución de su antropología. ¿Cómo se imbrican estos elementos en el pensamiento antropológico de Dewey? Otro de los subproblemas que se derivan de la investigación, guarda relación con el rol de la experiencia en la configuración de la concepción del ser humano que subyace en la obra de Dewey. Ahora bien, Dewey no tiene un escrito explícito sobre antropología, su concepción sobre el ser humano se encuentra diseminada a lo largo de toda su obra, es preciso hacerla explícita y luego determinar, la influencia de dicha concepción sobre su pensamiento educativo. Finalmente, aquí se desprende otro subproblema, el cual tiene que ver con las razones por la cuales, la concepción antropológica deweyana influye en la cimentación de su propuesta educativa.

Ahora bien, ¿por qué estudiar la antropología de Dewey y sus implicaciones en la educación? Porque gracias al rastreo hechos hasta el momento, no se le ha abordado desde esta óptica. Adicionalmente, resulta interesante mirar como los trabajos realizados por Dewey en defensa de una educación anclada en una concepción de ser humano, alejada del homo economicus, que coadyuva en forjar el carácter de los individuos y que a su vez sirve como soporte para sentar las bases de una sociedad equitativa, con individuos responsables, que asumen su rol en la construcción de un mundo más justo, equitativo y con más oportunidades.

En una clase, un profesor nos dijo que los pensadores nos enseñan a pensar, esto es clave, puesto que Dewey lo tenía claro, es necesario tener en cuenta lo que se ha dicho



sobre el ser humano para así no repetirlo y aportar nuevas reflexiones sobre esta problemática. En la construcción de la concepción antropológica de Dewey, confluyen diferentes elementos ya disertados por otros grandes filósofos. Verbigracia, Dewey coincide con Platón en el hecho de considerar a la filosofía como algo muy relevante para la humanidad, ya que gracias a ella se pueden superar las sombras sensibles a las cuales estamos supeditados por los sentidos, sino no hacemos uso de la reflexión. Por su parte, del Estagirita toma la disertación sobre las dos clases de virtudes, las intelectuales y las morales. En relación con las intelectuales concuerda en el aspecto de que es indispensable desarrollarlas gracias a la experiencia y de las virtudes morales comparte la idea de que son fruto de la costumbre, es decir, del hábito. Tanto para Aristóteles como para Dewey, resulta vital, formar los hábitos para no caer en la mera repetición y cristalizar seres virtuosos. Asimismo, del educador de Alejandro Magno, Dewey retoma la idea de que el hombre es un individuo social, alguien que esta permeado por su contexto, por su entorno social.

Por otra parte, Dewey conviene con la Humanitas Romana en que la educación debe coadyuvar al desarrollo moral de los individuos y buscar afanosamente la “perfectibilidad” humana. Otro de los aspectos que comparte Dewey de la formación latina, radica en que se deben formar buenos ciudadanos que puedan aportar al desarrollo de sus patrias.

Por la misma línea, Dewey comparte la preocupación de los pensadores renacentistas al entroncar la educación con la dignificación del ser humano. La concepción del humanismo renacentista se aproxima a una especie de filantropía, es un amor a todo lo humano. Si se ama a los individuos se busca actuar en pro de toda la humanidad, buscando siempre mejorar las situaciones de inequidad.

De la antropología moderna Dewey incorpora en su concepción el elemento racional, ya expuesto por el estagirita, pero enfatizado por los modernos, con el fin de alcanzar la autonomía, la mayoría de edad. Gracias a la educación, el ser humano logra adaptarse mejor a su entorno. Al alcanzar la autonomía, el individuo logra escoger fine buenos, fines que todo el mundo pueda incorporar en su interacción diaria.



Por su parte, Dewey incluye aquellas ideas de Hegel, que le viabilizan una resolución de los conflictos, de los dualismos existentes. Es así como las ideas sobre organicidad, sobre interdependencia e interrelación, le van a servir al filósofo norteamericano para suscitar en sus reflexiones la relación orgánica entre sujeto y objeto, entre la inteligencia o mente y el mundo. Ya con la influencia de Darwin, Dewey confirmará su apuesta por una unicidad, por una individualidad, por un pensamiento organicista, abandonando los dualismos existentes. De la mano de Darwin, y de los otros pensadores ya reseñados, es que Dewey empieza a configurar su estilo antropológico, que se basa en defender el dinamismo de la naturaleza humana y en sumergirse en ella para obtener explicaciones.

Finalmente Dewey, retoma de la corriente teórica que él ayudó a inspirar, el cultivo de una filosofía crítica, reflexiva, que delata el aislamiento de los saberes. Donde el individuo, teniendo como asidero su naturaleza humana y apoyado en la experimentación (Método científico), de la mano de la deliberación(razón) contribuye a la metamorfosis social en el sentido de ahondar en la democracia.

Queda claro hasta aquí, que Dewey es un conocedor de su historia, de la filosofía occidental y de las diferentes concepciones antropológicas que le han antecedido. Hace parte de su oficio estudiarlas, como se comprueba que él lo ha hecho. A lo largo de sus disertaciones, es innegable que muchas de ellas emergen.

El objetivo principal de esta investigación es intentar esclarecer cual ha sido la concepción antropológica que el filósofo norteamericano ha logrado cimentar, eso sí, sin negar su pasado, sino partiendo de allí, esculpir su propia idea de ser humano. Cabe aclarar que en Dewey no existe una concepción antropológica explícita. Esto se puede evidenciar a lo largo de sus obras. Ahora bien, esto no quiere decir que Dewey, no tenga un pensamiento antropológico, por el contrario, a pesar de no ser explícito, su pensamiento antropológico se encuentra disseminado en varios de sus escritos.



John Dewey: la experiencia como punto de partida

Para Dewey la educación debe posibilitar el desarrollo de las potencialidades humanas y coadyuvar en el fomento de la tolerancia y la imparcialidad. Para el pensador norteamericano resulta clave tener en cuenta los saberes previos del discente e incorporarlos a la experiencia posterior del proceso educativo. Asimismo, Dewey considera que es necesario que al niño se le enfrente a situaciones problemáticas para que vayan desarrollando habilidades en esta clase de situaciones que son muy frecuentes en nuestro devenir cotidiano. Es así como en la Escuela Laboratorio de la Universidad de Chicago, los niños se enfrentaban a diferentes proyectos, que emulaban en cierta medida la vida real, al respecto el profesor Menand escribe que:

En la Escuela Laboratorio, los niños participaban de proyectos de tipo taller en los que el aprendizaje se producía de una manera que simulaba el modo en que, pensaba Dewey, que se realizaba en la vida real: por la actividad grupal. Como el proyecto se llevaba a cabo en el presente, y como se suponía que procedía de acuerdo con los instintos naturales de los niños, lo que se aprendía era precisamente lo útil. La pertinencia estaba incorporada en el sistema (MENAND, 2002, pág. 329).

El mismo Dewey, reconoce las bondades de esta Escuela Laboratorio, donde todo estaba hilvanado, y donde la experimentación era la constante para ir labrando conocimiento:

La cocina conduce a la botánica, a la química y a otras ciencias relacionadas; el carbón que se usa allí conduce a la geología y la geografía y, en último término también a la botánica. La carpintería y la costura conducen también, de un modo semejante, al conocimiento de los materiales y procesos de construcción, todo lo cual da una comprensión práctica de las artes de la vida y de su relación con el hombre. Todo este trabajo, por otra parte, constituye la vía de la aproximación a la historia en su verdadero sentido, dado que la historia debería comenzar por la conquista de la naturaleza por parte del hombre (Dewey, 2011, pág. 75).

Por otra parte, Dewey piensa que la finalidad de la filosofía está relacionada con el propiciar una actitud crítica. Actitud que tiene a su vez la tarea de interpretar los acontecimientos para hacer de ellos un momento propicio para el desarrollo y la realización de los valores humanos. Para el profesor Pineda, Dewey abogó siempre



porque la filosofía debía ser un estilo de vida, más que algo inmóvil y etéreo, toda la vida se debe estar reflexionando y aportando soluciones a los problemas del devenir cotidiano, al respecto escribe: “Para él, la filosofía fue siempre un modo de sabiduría orientado a la crítica y reconstrucción de la experiencia humana compartida. Su preocupación central debía ser lo que él mismo llamó “los problemas del hombre” y la filosofía era, para él, ese modo de indagación, ese método, por el cual los problemas humanos podrían enfocarse de la forma más inteligente posible (Pineda, 2011, pág. XI).

El pensador estadounidense aboga por una revolución democrática en la educación, para lo cual se hace necesario una mayor socialización y un método experimental en la escuela, de modo que se adquieran las competencias que la democracia requiere. Dentro de esa democracia que es necesario implementar, se deben tener como elementos primordiales, la igualdad y la libertad. Si estos dos elementos están ausentes, el proceso fracasa. Es imperioso, que la educación ayude a sentar las bases democráticas de la sociedad y con ellas promueva el afianzamiento de la libertad y la igualdad:

Nuestro sistema educativo de escuelas públicas, que su principal objetivo ha de ser el de preparar a los niños, a las niñas y a los jóvenes, hombres y mujeres, para que sean buenos ciudadanos en el más amplio sentido de la palabra. Estos alumnos deben ser preparados para que sean miembros de las comunidades reconociendo los lazos que los ligan a cada uno de ellos con los demás miembros de la comunidad, y reconociendo, también, la responsabilidad que tienen de contribuir en la construcción de la vida en comunidad (Dewey, 2011, pág. 77).

Asimismo, Dewey considera que la vida en la escuela está relacionada con un impulso de la vida mora, ésta debe promover el bienestar colectivo, más allá de intereses mezquinos:

El interés en el bienestar de la comunidad, un interés que es tanto intelectual y práctico como emocional, es decir, el interés consistente en percibir que todo allí se hace para alcanzar el orden y el progreso social, y el de llevar hasta su ejecución esos principios, es el hábito ético primordial con el que todos los hábitos escolares específicos deberían estar relacionados, si es que estos deben estar animados por el soplo de la vida moral (Dewey, 1977, pág. 23).



Para Dewey, en la escuela se deben complementar lo humanístico con lo técnico profesional. La educación se constituye en el espacio ideal para reformar la sociedad y para que los individuos cristalicen sus esperanzas.

Dewey define la escuela como un espacio activo, donde los contenidos no deben ser dados, narrado sino investigados. La materia prima de la educación deben ser los problemas para cuya solución es preciso investigar. Gracias a la investigación, el estudiante, puede realizar consideraciones científicas de los hechos y de sus leyes. Entonces, la escuela termina erigiéndose en un espacio de exploración de la vida natural y social. La responsabilidad moral de la escuela y de aquellos que la dirigen, es con la sociedad. La escuela es fundamentalmente una institución erigida por la sociedad para una tarea específica: ejercitar en ciertas funciones específicas orientadas a la conservación de la vida y el desarrollo del bienestar de la sociedad. El sistema educativo que no reconoce este hecho como algo que implica una responsabilidad ética es negligente y defectuoso (Dewey, 1977, pág. 17).

Por otra parte, Dewey soporta su teoría educativa sobre la base de la experiencia. Se aprende por la experiencia, para la experiencia y desde la experiencia. La experiencia tiene su propia cualidad y se expresa en la sensación de agrado o desagrado. La experiencia que brinda la educación debe permitir el crecimiento, no sólo físico, sino intelectual, emocional y moralmente. Asimismo, la experiencia educativa debe cultivar en los discentes, actitudes perennes, verbigracia, la libertad de pensamiento. Una libertad de la inteligencia, que incluya la observación y el juicio de la realidad. En su libro: “Democracia y educación” Dewey escribe que:

Una onza de experiencia es mejor que una tonelada de teoría, simplemente porque sólo en la experiencia la teoría tiene significación vital y comprobable. Un experiencia muy humilde es capaz de engendrar y conducir cualquier cantidad de teoría(o contenido intelectual), pero una teoría aparte de una experiencia no puede ser definitivamente captada ni aun como teoría. Tiende a convertirse en una mera fórmula verbal, en una serie de tópicos empleados para hacer innecesario e imposible el pensamiento o el teorizar auténticos (DEWEY, 2004 pág. 128)



Una concepción tripartita del hombre en Dewey: los hábitos, los impulsos y la inteligencia

Dewey nos expone una especie de concepción tripartita del ser humano, conformado por los hábitos, los impulsos y la inteligencia. Para Dewey es clave que la mente del ser humano resulta de la acción recíproca entre las aptitudes biológicas y el entorno social. Ahora bien, Dewey reconoce que son muy importantes los deseos y los impulsos, pero sin desconocer la influencia del medio social en estos.

Dewey trae a colación el hecho que se ha llegado a satanizar la naturaleza humana, y es vehemente al afirmar que: "La falta de comprensión de la naturaleza humana es la causa primordial del menosprecio en que la se la tiene, ya que cuando no se conoce íntimamente una cosa, siempre termina por despreciarla injustificadamente o por admirarla, sin que haya razón para ello" (DEWEY, 1929, pág. 15). Para Dewey lo que no se entiende, no puede trabajarse desde la inteligencia y termina siendo sometido por la fuerza del exterior. Esto se puede traspolar a la educación donde los docentes terminamos olvidándonos que los estudiantes no sólo son mentes, sino que son una unidad psicosomática y sólo queda por fuera el cuerpo, casi nada, ahora si los chicos desean explorar la realidad con dicha parte, terminamos sometiéndolos con un regaño, o mandándolos donde el médico para que les recete algún producto que les haga olvidar nuevamente su cuerpo.

Dewey enfatiza en el hecho de que la moral, se ha olvidado de la naturaleza humana, de los impulsos, de los deseos, de las tendencias y que busca a través de la prohibición, la estigmatización, el sello de la culpa, hacer que los individuos actúen bien. Dewey asevera que: "La moral que francamente deja de tomar en cuenta a la naturaleza humana, termina por exaltar cualidades que son más comunes y corrientes en ella y exagera el instinto gregario hacia la conformidad" (DEWEY, 1929, pág. 16). Frente al desconocimiento de la naturaleza humana por parte de la moral, algunos, advierte Dewey, han ensalzado los impulsos morales, considerándolos superiores a todos los mandatos morales, aludiendo que la moral, termina privando el desarrollo de la individualidad a causa del elemento rutinario que existe en ella. Otros por el contrario,



terminan adoptando una postura antagónica, y resuelven apartarse del “mundanal ruido” buscando una especie de vida ascética, donde todas las acciones se juzgan como bondadosas. Frente a estas dos posturas casi irreconciliables, Dewey plantea una alternativa, la cual gravita en reconocer que toda conducta humana es el producto de una acción recíproca entre elementos de la naturaleza humana y el medio natural y social donde se desenvuelve. Al respecto Dewey escribe que: “El reconocimiento inteligente de la concatenación entre la naturaleza, el hombre y la sociedad es lo único que nos asegura el desarrollo de una moral que será seria sin ser fanática, con aspiraciones pero sin sentimentalismo, adaptada a la realidad sin convencionalismos, sensata sin ser calculadora, e idealista sin ser romántica” (DEWEY, 1929, pág. 24)

El lugar de los hábitos en la conducta humana

Dewey describe las cualidades que hacen parte de la conformación de los hábitos. Para Dewey los hábitos son adquiridos, exigen de la cooperación del organismo y del medio ambiente, no son meramente actos reiterativos, no son sólo costumbres, sino que tienen otros componentes que los constituyen. Los hábitos son artes que: “requieren habilidad de los órganos sensitivos y motores, destreza u oficio y materiales objetivos; asimilan energías objetivas y terminan en un dominio del medio ambiente. Requieren orden, disciplina y técnica manifiesta; tienen un principio, un medio y un fin” (DEWEY, 1929, pág. 26) Para Dewey, tanto las virtudes como los vicios son hábitos que resultan de la combinación entre elementos de los individuos y elementos del entorno natural y social, estos se imbrican. Para Dewey todo esta intrínsecamente relacionado, no existe neutralidad, ya que cualquier acción del hombre, va a generar reacciones en el medio que lo circunda. Ya sea de aprobación o de desaprobación, al respecto afirma que: “la conducta siempre es compartida y esto es lo que la distingue de un proceso fisiológico. No es un imperativo ético, el que la conducta deba ser social; es social, ya sea buena o mala” (DEWEY, 1929, pág. 27)

Dewey señala la importante relación entre la moral y los factores sociales que la alimentan. La moral tiene un sentido previsor, que busca mejorar las actuaciones de los individuos a futuro. Teniendo como parangón lo realizado. Para Dewey se hace



necesario cambiar los factores que hacen que una persona actué erradamente y con ello lograr modificar el carácter o la voluntad de una persona, ahora para el desarrollo de esta tarea es importante *“revisar nuestros sistemas de juzgar, de imputar culpas y de atribuir méritos, de aplicar castigos y conceder honores”* (DEWEY, 1929, pág. 30) Para Dewey es claro que no sólo se debe actuar sobre el corazón de los hombres, sino que adicionalmente, se deben efectuar cambios en los sistemas e instituciones objetivas.

- Los hábitos y la voluntad

Dewey aclara que los hábitos no son entes solitarios, sino que trabajan “mancomunadamente” con los deseos y los impulsos. Dewey expone el hecho de que los hábitos no salieron de la nada, por generación espontánea, sino que en ellos, hay diferentes elementos, que aportaron a su eclosión, sobre todo, la voluntad:

El hábito no fue formado deliberadamente, pues nunca tuvimos la intención de volvernos perezosos, jugadores o viciosos, y nos preguntamos cómo es posible que algo que se desarrolló accidentalmente, sin intención premeditada, sea parte tan íntima de nuestro ser...Todos los hábitos son exigencias de ciertas clases de actividad y constituyen la personalidad; en cualquier sentido inteligible de la palabra voluntad, son la voluntad; forman nuestros deseos efectivos y nos proporcionan las capacidades activas; rigen nuestros pensamientos, determinando cuales deben surgir y fortalecerse y cuales han de pasar de la luz a la oscuridad (DEWEY, 1929, pág. 34)

- El carácter y la voluntad

“La fuerza dinámica del hábito, en lo que concierne a la conexión mutua, explica la unidad de carácter y conducta o, más concretamente, entre motivo y acción, entre voluntad y obra” (DEWEY, 1929, pág. 50)

Según Dewey, gracias a que los hábitos funcionan continuamente, se origina el carácter, el carácter termina siendo una especie de actitud reiterada de actos individuales que suscitan similares resultados. Verbigracia, un carácter débil, inestable y vacilante es aquel donde no hay una continuidad en las consecuencias de los actos, sino que por el contrario, los diferentes hábitos alternan entre sí en vez de incorporarse unos a otros.



Asimismo, las consecuencias de los actos individuales afectan el carácter, confirmando o debilitando los hábitos.

Dewey llama la atención en el hecho de estar atento sobre las consecuencias de nuestros actos individuales, puesto, que estos actos se realizan en un medio ambiente, que no es uniforme ni rectilíneo, sino que es inestable y fluctuante, en relación con esto escribe que: “la consecuencias revelan posibilidades inesperadas de nuestros hábitos, siempre que éstos se ejercen en un medio diferente de aquel en que se formaron. Creer que exista un medio ambiente uniforme y estable, no es sino una ilusión que se debe al apego de viejos hábitos” (DEWEY, 1929, pág. 57)

Para Dewey es un error querer permanecer con viejos hábitos, en un mundo cambiante. Se hace necesario incorporar nuevos hábitos que den cuenta de la nueva realidad. Cabe destacar que el hombre no es un ser aislado y que en sus acciones tienen mucho que ver la voluntad y el medio ambiente que lo rodea, ya sea para reforzar dicha voluntad o para hacerla perder fuerza.

- Costumbre y hábito

“En mayor medida las costumbres subsisten porque los individuos forman sus hábitos personales bajo condiciones establecidas por hábitos anteriores” (DEWEY, 1929, pág. 63)

Dewey enfatiza en el hecho de que siempre se debe partir de la acción colectiva, es decir, de algún sistema preestablecido de interacción entre individuos. Y que todas las formas de comportamiento, tales como la simpatía, el amor paternal, la afición a mandar, el amor sexual, si bien inciden en la conducta individual, siempre están permeadas por la interacción y la formación previa de grupos. Para Dewey el problema de la psicología social “no es saber cómo actúan las mentes individuales o colectivas para formar grupos sociales y costumbres, sino ver como las diferentes costumbres, los arreglos interactuantes establecidos, forman y fomentan mentes diferentes” (DEWEY, 1929, pág. 68)



Dewey llama la atención sobre la situación en la que se ha caído en torno a los hábitos, cuando estos terminan quedándose en la mera repetición, cuando estos se anquilosan y se afincan en viejos carriles. El hecho de repetir actos sin pensar, terminan excluyendo el pensamiento, esto suele suceder cuando se alaba un hábito por ser conservador haciendo del pensamiento un elemento incompatible, inoportuno y desarticulado de la realidad del ser humano, que en vez de ser conservadora, es abierta y dinámica. De igual forma que se da la separación entre el hábito y el pensamiento, se da la separación entre cuerpo y mente y entre práctica y teoría. Sin embargo, Dewey reconoce que todo hábito tiene algo de mecánico, pero que no se queda en eso, sí que lo “trasciende”, el hábito termina superando ese automatismo irracional. Para Dewey, la diferencia entre el artista y el mero técnico radica en que: “El artista es un técnico maestro; la técnica o mecanismo está fusionada con el pensamiento y el sentimiento; el ejecutor mecánico permite que el mecanismo rija la ejecución. Es absurdo decir que este último da muestras de hábito y el primero no. Nos enfrentamos a dos clases de hábito, el inteligente y el rutinario” (DEWEY, 1929, pág. 75). Dewey aboga por el hábito inteligente o artístico y denuncia el hecho que los que ostentan el poder social ven con buenos ojos el hecho que la gente no piense, sino que sigan siendo parte del engranaje dócilmente. Cuestionar, pensar, criticar es sinónimo de subversión y los que monopolizan el poder, no comulgan con ello, por eso en cierta medida patrocinan la rutina y la pasividad de las mentes.

- El hábito y la psicología social

La acción establecida y regular requiere forzosamente un ajuste de las condiciones que la rodean, condiciones que debe incorporar a sí misma. Para el ser humano, las cuestiones circundantes que directamente le importan son las originadas por las actividades de otros seres humanos. Esto se acentúa y se hace fundamental en la primera infancia, por el hecho de que cada persona comienza su vida dependiendo completamente de los demás. En consecuencia, resulta que aquello que puede llamarse distintivamente individual en el comportamiento y la mente no es, como afirma la teoría tradicional, un don congénito (DEWEY, 1929, pág. 86)

Dewey defiende la idea de una antropología (psicología social) donde al ser humano no se le pueda desligar de la naturaleza ni tampoco de la interacción con sus semejantes.



El lugar de los impulsos en la conducta humana

Si bien Dewey reconoce actividades innatas, recalca el hecho de que el significado de estas no es congénito sino adquirido, y esto depende de la interacción con un medio social desarrollado. Para Dewey el objetivo puntual de la psicología radicaría en el hecho de “conocer las condiciones sociales que han moldeado las actividades originales hasta convertirlas en disposiciones definidas y significativas” (DEWEY, 1929, pág. 92) Para Dewey efectivamente, existen impulsos innatos en un recién nacido, pero estos resultan ser incipientes y dispersos y no se articulan, hasta que el medio social hace presencia. Si bien es cierto, que los impulsos están ahí, estos resultan ser sólo un punto de partida para

la asimilación del saber y destreza de los seres más maduros de quienes depende; son como tentáculos que se distienden para absorber de las costumbres la nutrición que con el tiempo hará al niño capaz de actuar independientemente, son factores de la transferencia del poder social existente a la capacidad personal; son en fin, los medios para lograr un crecimiento reconstructivo (DEWEY, 1929, pág. 95)

- Plasticidad del impulso

Cualquier impulso puede convertirse en una disposición cualquiera, según su interacción con el medio que le rodea: el temor puede tornarse abyecta cobardía, prudente cautela, veneración por los superiores o respeto por los iguales; así como también, factor determinante de crédula aceptación de supersticiones absurdas o de un desconfiado escepticismo...todo depende de cómo se entretreje el impulso del temor con otros impulsos, y esto a su vez depende de los escapes e inhibiciones proporcionados por el medio social (DEWEY, 1929, pág. 95)

Dewey reconoce que el telos principal de la educación residiría en lograr una dirección inteligente de las actividades innatas, teniendo en cuenta las posibilidades y necesidades de la situación social. Ahora bien, Dewey es consciente que esto no se ha dado, ya que en gran parte, es vez de educación lo que ha habido es adiestramiento, una tendencia a que se hagan las cosas de forma mecánica, sin reflexionar sobre ellas. Esto es parte, se ha facilitado dado que hay una especie de complacencia en no pensar y en dejar esta labor a otros. Al respecto Dewey, escribe que:



Pero las costumbres adultas han favorecido la conservación y fortalecimiento de las tendencias a la conformidad, y en contra de aquellos que luchan por la variación y la independencia...Desde muy temprana edad, se forman en los niños tendencias mentales sin atención reflexiva, las cuales persisten y controlan la mente adulta. (DEWEY, 1929, pág. 98)

Para Dewey, el impulso termina siendo una fuente de inspiración, pero una fuente que requiere que los hábitos sean maleables, al respecto escribe que: “El impulso es una fuente, una fuente indispensable de liberación, pero sólo libera poder en la medida en que se le emplea para dar a los hábitos flexibilidad y frescura” (DEWEY, 1929, pág. 105)

- El impulso y el conflicto entre los hábitos

Los hábitos una vez formados, se perpetúan al actuar incesantemente sobre el conjunto de actividades innatas; estimulan cohíben, intensifican, debilitan, seleccionan, concentran y organizan estas últimas para hacerlas a su semejanza. Del vacío informe de los impulsos crean un mundo hecho a su propia imagen. El hombre es un criatura de hábito y no de razón ni de instinto (DEWEY, 1929, pág. 122)

Dewey realiza aquí una afirmación muy relevante, el hombre es una criatura de hábito y no de razón ni de instinto. Parece contradictorio, puesto que en líneas anteriores ha defendido la concepción tripartita del ser humano: biología (impulsos, deseos, tendencias), cultura e inteligencia. Entonces cómo aquí se inclina sólo por la cultura, en nuestro caso, por el hábito. Bueno lo que creo es que Dewey quiere hacer hincapié en el hábito, sin olvidar los otros dos elementos. De hecho asevera que todo esto “cae en un círculo vicioso, puesto que la dirección de la actividad innata depende de los hábitos adquiridos, y éstos sólo pueden ser modificados dando una nueva dirección a los impulsos” (DEWEY, 1929, pág. 122). Ahora bien, entonces nos asalta una pregunta: ¿cómo salir de ese círculo vicioso? Bueno, el pensador norteamericano ve en la educación la respuesta. Dewey considera que en la educación hay posibilidades que todavía no han sido aprovechadas y que es el tiempo de hacer uso de estas oportunidades. Es indispensable que la educación coadyuve para que los jóvenes modifiquen las corrientes de pensamiento y deseo que prevalecen y no dejar salir de ese círculo. Para Dewey lo que se requiere es: “Formar hábitos que sean más inteligentes, más sensitivamente perceptivos, más dotados de previsión, más



conscientes de sus fines, más directos y sinceros, y que reaccionen con mayor flexibilidad que los que ahora prevalecen” (DEWEY, 1929, pág. 124) Dewey considera que la solución está en implementar nuevos principios morales, los cuales se pueden lograr en la medida en que los impulsos liberados se usen inteligentemente para formar a su vez hábitos armónicos que respondan idóneamente a las nuevas situaciones que emergen constantemente.

El papel de la inteligencia en la naturaleza humana

Para Dewey es más fácil caminar por los senderos de las creencias y de las costumbres, e incluso idealizar la tradición, por medio de una adhesión emocional que emplear la inteligencia. Dado que al pensar salimos de nuestra zona de confort. Asimismo, Dewey acusa al impulso como el culpable de despertar el pensamiento, es necesario, el impulso para que se active la reflexión, al respecto Dewey asevera que:

Sólo el pensamiento se da cuenta de los obstáculos, inventa herramientas, concibe metas, dirige la técnica y, en esta forma, convierte el impulso en un arte que vive en los objetos. El pensamiento nace como un hermano mellizo del impulso en cualquier momento en que se reprime un hábito; pero, a menos que se le alimente, muere con rapidez y el hábito y el instinto continúan su pugna interna (DEWEY, 1929, pág. 162)

Según Dewey, la inteligencia es preciso cultivarla, de no ser así rápidamente la tradición y su comodidad nuevamente anclan a la persona en la rutina y el desidio.

Dewey está convencido que podemos pasar toda la vida realizando cosas de forma mecánica, sin detenernos algún momento para pensar en ellas, Dewey escribe que: “podemos andar y leer en voz alta, abordar y descender de un tranvía, vestirnos y desvestirnos y hacer mil cosas útiles sin pensar en ellas” (DEWEY, 1929, pág. 168). Para Dewey el hábito sin inteligencia desemboca inevitablemente en una repetición maquinal, se hace necesario el pensamiento para que se defina la observación, el “espíritu” pesquisidor y en general la indagación.



Dewey resalta el carácter proyectivo de la reflexión, donde gracias a la posibilidad de imaginación de las futuras consecuencias de los actos, se pueden realizar mejores elecciones:

La deliberación es como un ensayo teatral (imaginario) de diversas líneas posibles de acción que están en competencia...la deliberación es un experimento para averiguar cómo son en realidad las diversas líneas de acción posibles, y también para hacer diversas combinaciones entre elementos seleccionados de los hábitos e impulsos, con objeto de ver cómo sería la acción resultante si se la emprendiera. Pero la prueba se hace en la imaginación, no en el hecho real. (DEWEY, 1929, pág. 178)

Dewey defiende la deliberación como una herramienta idónea para anticiparse y prever las consecuencias de los actos antes ser llevados a la práctica. La deliberación evitaría en lo posible el error o el fracaso real, ya que un acto realizado es imposible revocarlo, así como el tiempo pasado ya no vuelve, así son los actos ejecutados, son irreversibles. Mediante la deliberación, al hacer uso de la imaginación, se podría ensayar el acto, antes de emprenderlo. Un aspecto clave de la deliberación guarda relación con la elección. Puesto que ligado a la deliberación continua la elección y esta es razonable cuando nos motiva a actuar con sensatez, es decir, con “consideración a los derechos de cada uno de los hábitos e impulsos antagónicos” (DEWEY, 1929, pág. 182)

Ahora bien, para deliberar, es preciso rumiar las opciones, ese rumiar es lento, despacioso, el afán no tiene cabida en la deliberación pues se requiere de tiempo para poner las cosas en orden. Otro elemento clave que observa Dewey en la deliberación tiene que ver con el hecho de que se reflexiona no para calcular sucesos futuros, sino para valorizar las acciones propuestas en el presente, ya que el futuro es incierto e inseguro, lo que puede hacer la deliberación es ayudar a conocer algunas tendencias, más no puede asegurar que algo cien por ciento se presente. Para Dewey el:

Presente es nuestro, el futuro no, y no habrá sagacidad ni cúmulo de informaciones y conocimientos que lo haga nuestro; pero, por medio de una constante vigilancia sobre la tendencia de los actos, de una observaciones de las disparidades entre juicios anteriores y resultados actuales y de la localización de aquella parte de la disparidad que se debió a insuficiencia o exceso en la disposición, llegamos a conocer el sentido de los actos presentes y a guiarlos de acuerdo con él. Lo moral es desarrollar el discernimiento, la capacidad para juzgar el sentido de lo que estamos haciendo y para usar ese juicio en la



orientación de lo que hacemos, no por medio del cultivo directo de algo llamado conciencia, razón o facultad de conocimiento moral, sino fomentando aquellos impulsos y hábitos que por experiencia sabemos que nos hacen sensibles, generosos, imaginativos e imparciales para percibir la tendencia de nuestras incipientes actividades. Todo intento de predecir el futuro está sujeto, en fin de cuentas, a la revisión y aprobación de los impulsos y hábitos concretos presentes. Por lo tanto, lo importante es fomentar aquellos hábitos e impulsos que nos llevan a una inspección amplia, justa y armónica de las situaciones. (DEWEY, 1929, pág. 194)

Para Dewey la deliberación ocupa un papel relevante en el plano moral, ya que ayuda a promover impulsos y hábitos que van en favor de actitudes empáticas y solidarias. Dewey advierte que la deliberación, es un tarea permanente, donde se intenta evitar caer en un hábito mecánico o peor en una brutalidad caprichosa y sin sentido. Nuestras acciones se apartan del capricho o de un interés de clase, si buscan el alivio de la miseria y la consecución de la felicidad.

Por otra parte, Dewey expone que la razón termina siendo un resultado, una función y no una fuerza primitiva. Es decir, Dewey aboga por la necesidad de unos hábitos y disposiciones que nos posibiliten una previsión imparcial y coherente con las consecuencias. Sólo de esta forma nuestros juicios serán razonables.

Finalmente, Dewey considera que el deseo y la inteligencia, son factores que determinan la naturaleza humana. En Dewey resulta muy relevante el rol del deseo en la vida de los seres vivos, el pensador norteamericano afirma que el deseo es:

La fuerza impulsora de los seres vivientes. Cuando el empuje y el ansia de la vida no encuentran obstáculos, no existe nada que podamos llamar deseo; hay simplemente la actividad vital. Pero cuando se presentan las obstrucciones, esa actividad es dispersada y dividida, dando como resultado el deseo. Éste es la actividad que empuja hacia adelante para romper los diques que la contienen (DEWEY, 1929, pág. 230).

Dewey tiene claro que los deseos son importantes, pero estos deben ir de la mano de la inteligencia, ya que gracias a ésta última los deseos se convierten en planes, planes que se afincan en la recopilación de hechos, que informan sobre los sucesos, que son registrados y se estudian a medida que se vayan presentando.



Bibliografía

DEWEY, J.(1910) *Cómo pensamos: Nueva exposición de la relación entre pensamiento y proceso educativo*, pról. a la ed. española de Antonio Caparrós, traducción de Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Paidós, 1989, 249 pp

DEWEY, J.(1918) *Las escuelas de mañana* (trad. de Lorenzo Luzuriaga). México,Fondo de Cultura Económica 1964, 177.

DEWEY, J.(1920) *La reconstrucción de la Filosofía* (trad. de Amando Lazaro Ros). Buenos Aires, Aguilar, 1959, 283

DEWEY, J.(1922) *Naturaleza humana y conducta* (trad. de Rafael Castillo. Buenos Aires, Losada, 1950, 299

DEWEY, J. (1925) *La experiencia y la naturaleza* (trad. de José Gaos). México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 363 pp.

DEWEY, J. (1926). *La escuela y el niño*. Editor: La lectura. 170 p.

DEWEY, J. (1928) *Pedagogía y filosofía*. Ed. Francisco Beltran. 558 p.

DEWEY, J. (1928) *El interes y el esfuerzo en la educación*. Editorial Cultural. 109 p.

DEWEY, J. (1939) *Experiencia y educación* (trad. de Lorenzo Luzuriaga). Buenos Aires, Losada,3ª ed., 1967.

DEWEY, J.(1960) *Teoría de la vida moral* (trad. de Rafael Castillo. Buenos Aires, Losada, 1960, 205

DEWEY, J. (1967) *El hombre y sus problemas*. Barcelona: Paidos. 233 p.

DEWEY, J.(1967) *El nino y el programa escolar mi credo pedagogico*. Buenos Aires: Losada.131 p.

DEWEY, J. (1977). *Los principios morales en la educación*. Medellín: Universidad de Antioquia.



DEWEY, J. (1981) *La filosofía de John Dewey*. Chicago: University Chicago Press

DEWEY, J. (2004). *Democracia y Educación*. Madrid: Morata. (trad. de Lorenzo Luzuriaga)

MENAND, LOUIS.(2002) *El Club de los Metafísicos*. Barcelona: Ediciones Destino. 534 pp. (Traducción de Antonio Bonnano)

PINEDA, D. (2011). *Selección de Textos de John Dewey*. Medellín: Universidad de Antioquia.

ROJAS OSORIO, C.(2010) *Filosofía de la educación: de los griegos a la tardomodernidad*. Medellín: Universidad de Antioquia